

Charlas en la cocina

Leticia Santa María Gallegos

Insisten y vuelven a insistir en que lo deje, que no me conviene, que es de lo peorcito, que no se regenerará nunca, que no es bueno, que su amor por mí no ha sido suficiente como para que sus intenciones de dejar los vicios sean confiables, pues así lo ha demostrado. Sé que todos opinan, al menos aquéllos a quienes mi madre acude cuando ya no puede deliberar sola para tomar una decisión.

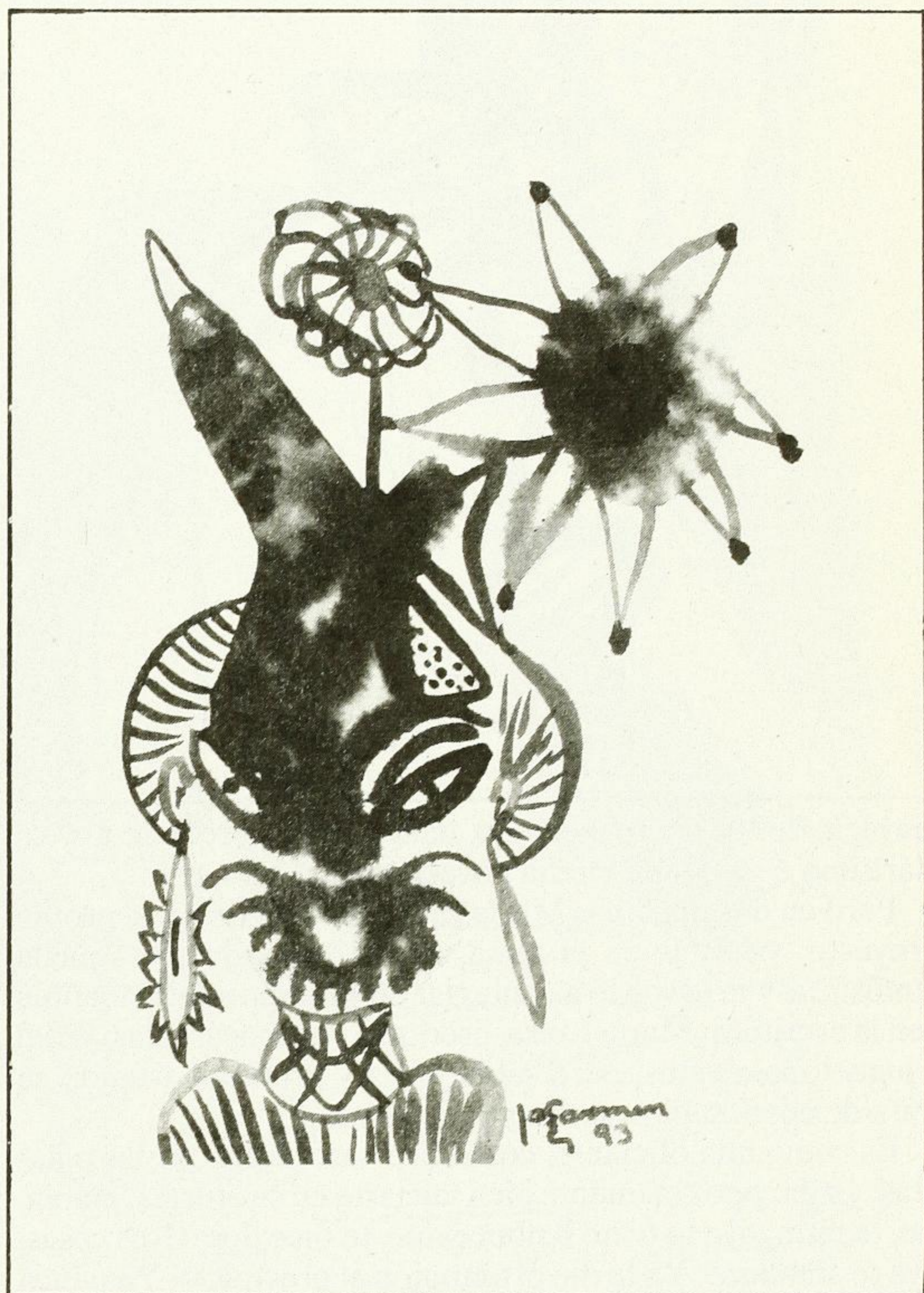
Lo peor de todo es que tienen razón. Lo sé, por ello no atino siquiera a oponer razones a mi favor. Sólo tengo sus promesas, sus promesas de amor y matrimonio que creo fueron hechas sinceramente en un momento que comienza a convertirse en cosa del pasado, del recuerdo de momentos en que me vi renacer entre sus caricias, del recuerdo de su voz autoritaria que imponía su amor a la debilidad de mi indecisión.

Me enamoré y cedí a lo que deseaba tanto por la carne como por el ansia de llenar mi alma de algo, un alma plena de confusión de tan vacía. Sin embargo, cada vez esos momentos que consideré mi vida se perciben más lejanos, menos reales, más ideales, al tiempo que la realidad de los efectos hace acto de presencia a cada momento.

Me enamoré y cedí a lo que deseaba tanto por la carne como por el ansia de llenar mi alma de algo, un alma plena de confusión de tan vacía. Sin embargo, cada vez esos momentos que consideré mi vida se perciben más lejanos, menos reales, más ideales, al tiempo que la realidad de los efectos hace acto de presencia a cada momento.

Me enamoré y cedí a lo que deseaba tanto por la carne como por el ansia de llenar mi alma de algo, un alma plena de confusión de tan vacía. Sin embargo, cada vez esos momentos que consideré mi vida se perciben más lejanos, menos reales, más ideales, al tiempo que la realidad de los efectos hace acto de presencia a cada momento.

Me enamoré y cedí a lo que deseaba tanto por la carne como por el ansia de llenar mi alma de algo, un alma plena de confusión de tan vacía. Sin embargo, cada vez esos momentos que consideré mi vida se perciben más lejanos, menos reales, más ideales, al tiempo que la realidad de los efectos hace acto de presencia a cada momento.



puedo perder si nunca he tenido nada, nada auténticamente mío. Ellos dicen que tengo mucho, que yo valgo y merezco una vida digna, no un trato como al que parece condenarme el autoritarismo del tercer galán de mi historia, frente a la debilidad y sumisión de mi carácter, de mi silencio.

Me engaño, no lo sé, lo intuyo. Creo que finalmente cederé a la razón, que no la mía sino de las circunstancias. No lo entiendo, ni quiero hacerlo, pero creo que se han agotado las armas para seguirme sosteniendo en una posición que creí mía. El padre de mi segundo hijo tampoco podrá ser la fuente de mi salvación. Por el contrario, el encuentro con él ha reafirmado mi falta de amor y de poder de decisión para hacerme de algo mío, de algo que pueda juzgarse "dignamente mío" y para un progreso.

Creo que seguiré guardando silencio detrás de las paredes de la casa, bajo la custodia de mi madre, tras la vida y por la vida de aquéllos que me juzgan por no hacerme de un valor sobre mí misma; por la vida, en un futuro demasiado presente, de mis dos hijos.